

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Antonio. *Una hebra de esplendor.* Málaga: Ayuntamiento, 2000, 234 pp.

Con el título de *Una hebra de esplendor*, el poeta Antonio Rodríguez Jiménez (Córdoba, 1957), ha confeccionado una antología en la que selecciona versos escogidos de entre una producción lírica creada durante cuatro lustros, los comprendidos entre los años 1979 y 1999. A lo largo de este período de dos décadas, ha ido publicando nueve libros de poemas, desde el inicial *Adagio a una noche de arcanos y fuego* (1979) hasta *Cenizas sobre un fondo de pájaros de nieve* (1999). Además, es autor de dos novelas, *Galilea* (1994) y *Plaza del cielo* (1996), y asimismo de una incesante labor prosfística y antologizadora que incluye colecciones de artículos literarios como *Humos amarillos* (1993) y *Paraíso de las Migajas* (1996), espicilegios poéticos entre los que sobresale *Elogio de la diferencia* (1997), de subtítulo mordazmente irónico: "Antología no consultada de poetas no clónicos".

Una hebra de esplendor va precedido de un estudio preliminar sobre la poesía del escritor cordobés, a cargo de Francisco Ruiz Noguera, profesor de la Universidad de Málaga. En dicha introducción, se distinguen hasta cuatro etapas en la nutrida trayectoria poética de Antonio Rodríguez Jiménez.

En la primera figurarían la ya mencionada entrega de 1979, más *Vértigo de la infancia* (1980) y *El sueño de los cuerpos* (1982). La segunda es conceptualizada como de transición, y a su juicio consta de un único poemario, *Ciudad de lunas muertas*, aparecido en 1987. La tercera abarca dos libros, *Un verano de los 80*, y *El fabricante de hielo*, publicados respectivamente en 1991 y 1993. Por último, en la cuarta coloca Ruiz Noguera *El rostro mentiroso* (1998), y otros dos conjuntos que se editaron en el año 1999, *Los demonios de Vysehrad* y *Cenizas sobre un fondo de pájaros de nieve*.

Las etapas señaladas por Ruiz Noguera pueden sin duda justificarse, aunque a mi entender cabría reducirlas a tres, lo que no obsta para distinguir subfases en algunas de ellas. Para nosotros, resulta meridianamente claro que *Un verano de los 80* supuso un cambio de rumbo en la poética del autor, y a su vez *El rostro mentiroso* significó otro giro diferencial con respecto al antedicho cambio, de lo que se sigue que ambos libros demarcan el comienzo de sendas etapas, la segunda y la tercera. Coincidimos en este punto, así pues, con la propuesta delimitatoria que hace el prologoista de la antología, pero optamos por subsumir la supuesta segunda etapa constituida por *Ciudad de lunas muertas* dentro de la primera, en la que funcionaría, eso sí, como fase de transición a la siguiente.

Esta antología permitirá al lector comprobar las calidades de una voz lírica que ya mostraba sus notables valores en sus primeros libros, y que ha ido enriqueciéndose a través de las diferentes propuestas poéticas de cada etapa y de cada entrega concreta.

Nuestra propuesta interpretativa de las claves de contenido de la trayectoria de Antonio Rodríguez Jiménez es la siguiente: en su etapa más temprana, se canta una vitalidad emergente y esplendorosa que goza, rodeada de una naturaleza embriagadora, voluptuosa, un paisaje en el que apunta el deseo y se sueña el amor. La infancia está henchida de sensaciones positivas, y transcurre felizmente despreocupada de trascendentalismos. En aquellos días dominados por la inocencia, la vida semeja una fiesta, con apenas algún atisbo de malestar que preanuncia las sombras del porvenir. Sin embargo, desde *El sueño de los cuerpos* la oscuridad se afianza y asciende, el universo infantil va desmoronándose, y se hacen muy visibles la tristeza, la amargura, la

desidia y el desaliento. Estas sensaciones derivarán en otras aún más negativas en *Ciudad de lunas muertas*, en cuyo léxico aparecen palabras como helado, congelación, frío, petrificación, amén de reiterarse el sentimiento de tristeza.

Esta es la atmósfera en la que se desenvuelve la etapa subsiguiente, presidida por el hastío y la pesadumbre, vivencias que contribuyen a distanciar al hablante de los acaeceres cotidianos del medio urbano por el que transita. A partir de *El rostro mentiroso*, los perfiles del entorno se desdibujan y se peralta lo extraordinario. El yo lírico empieza a recuperar ensoñaciones del ayer lejano, pero desde los vestigios de aquellas vivencias que no demolió el desencanto. La reconciliación con el pasado se acentúa en *Los demonios de Vysehrad*, y en *Cenizas sobre un fondo de pájaros de nieve*, y no extraña tal reencuentro, porque en aquel mismo pretérito se albergaban las raíces de una madurez que se ha forjado tras depurar la vertiente ilusoria de la infancia y juventud primeras. En su virtud, el locutor poemático rescatará por el recuerdo los primigenios anhelos de belleza, amor, de ansia de vivir, aun cuando puede sentirse amenazado por una inquietante parálisis anímica.

Esta sinopsis conceptual del itinerario poético de Antonio Rodríguez Jiménez se refleja en el rumbo descrito por su práctica estilística, porque en la tercera etapa se retoma el factor onírico de los comienzos, y el decir imaginístico toma a impregnar el verso, después del paréntesis que supusieron *Un verano de los 80* y *El fabricante de hielo*. Ambos libros respondían a una poética que Ruiz Noguera ha calificado acertadamente como “de la provocación”, en la cual se adopta un deliberado prosaísmo a fin de plasmar el distanciamiento y la ironía respecto a la cotidianidad del vivir. En esa fase segunda se advierte también una acusada decantación hacia lo insólito que se traduce en una rara extrañeza expresiva, la cual va a pasar a convertirse en un rasgo perdurable en la escritura del poeta cordobés.

Rodríguez Jiménez no se siente tentado por la confección de poemas sujetos a preceptiva, como lo atestiguan todos sus libros, cuyas composiciones siempre atienen su decurso y sus contornos al condicionante de la argumentación o del lirismo poemáticos. La narratividad, en cambio, sí constituye un elemento técnico relevante en su obra, sobre todo desde *Un verano de los ochenta*, un poemario en el que se ha notado el influjo de la novela de Antonio Muñoz Molina *El invierno en Lisboa*, con la que convergería en algunos hilos argumentales, en la presencia de saxos, y en la reiteración de imágenes cinematográficas relativas al género negro.

Este factor narrativo se evidencia palmariamente en *Los demonios de Vysehrad*, un libro de poemas organizado de modo novelesco, con dos protagonistas, y cuyo entorno es la ciudad de Praga, uno de cuyos cementerios pretexto el título. Dos personajes acaparan la atención en esta obra, el que representa al periodista francés Dominique Bauvy, y el propio poeta ficcionalizado. Pese a su parálisis generalizada, el primero llegó a comunicarse mediante el movimiento de uno de sus párpados, y el segundo progresa hacia otra muestra de parálisis, ésta de índole espiritual, que se acrecienta como consecuencia de la inexorable pérdida de su capacidad de asombro.

A manera de colofón de estas tan sumarias apreciaciones en torno a la poesía de Antonio Rodríguez Jiménez, debemos resaltar que, si bien en sus primeras entregas cabe advertir en sus versos el ascendiente epocal del culturalismo, el escritor cordobés quiso emprender desde muy pronto una singladura propia acentuadamente distinta de la de las poéticas imperantes en los ochenta, lideradas por la llamada de la experiencia. Propulsor de propuestas individuales no seguidistas en su antología *Elogio*

de la diferencia, desde *El rostro mentiroso* se percibe un cierto regreso al culturalismo una vez que su voz poética ha alcanzado un inconfundible perfil distintivo. A fines de los noventa, en los motivos culturales de diversa índole que se vertebran en sus versos, se nota la asunción de un registro literario tan sorprendente como suyo.

José María Balcells

SAAVEDRA FAJARDO, Diego. *Empresa políticas. De emblemas y empresas: aportaciones al estudio de la literatura emblemática en el Siglo de Oro*

El estudio de la literatura española del Siglo de Oro tiene en la emblemática uno de los capítulos más enigmáticos y desconocidos. Sabemos de la existencia de grandes obras que tuvieron amplia difusión en la literatura de su tiempo, como ocurre con las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo, obra de preceptiva política, libro de educación de príncipes, que tuvo en su tiempo muchísima difusión y ediciones que salieron de las prensas más prestigiosas de Europa, como estudié hace ya muchos años¹. Pero es muy cierto que la obra de Saavedra Fajardo había sido estudiada desde los más diversos puntos de vista: como autor literario, como espíritu del barroco, en sus ideas filosóficas, en su teoría política, en sus enfrentamientos a la realidad y a la sociedad de su tiempo. Es muy cierto que la envidia de las *Empresas* merecía estos tratamientos y el panorama crítico en torno a Saavedra se fue haciendo cada vez más amplio². Pero sucede que las *Empresas* de Saavedra, a diferencia de otros libros de educación de príncipes de la época, fue presentada como una colección de "emblemas" o "empresas" y a este aspecto de la obra de Saavedra se prestó mucha menos atención, quizá porque el conocimiento de la emblemática por parte de los estudiosos de la literatura era limitado, quizá porque se consideró un aspecto muy secundario de la labor de Saavedra, o quizá, incluso, porque se podría suponer que Saavedra tuvo una participación menor en la elaboración de los dibujos que en su libro figuran. Pero tales hechos, sobre todo éste último, son poco probables. Pensemos que las *Empresas* se basan justamente en el desarrollo doctrinal de una serie de principios que antes que nada quedan concentrados en el dibujo y en el lema que cada uno de los capítulos preside. Es decir que el punto de partida es, sin duda, el dibujo en cuestión, el lema y los elementos que coinciden en ese dibujo con su simbolismo, con su significación alegórica que el mismo Saavedra explica detalladamente en el desarrollo del capítulo correspondiente. Esto nos da una idea de la enorme importancia que los dibujos tenían para nuestro autor.

¹ Francisco Javier Díez de Revenga, "La difusión de la obra de Saavedra Fajardo", *Monteagudo*, 72, 1981, pp. 51-54.

² Francisco Javier Díez de Revenga, *Saavedra Fajardo, Cuadernos Bibliográficos*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977, y Francisco Javier Díez de Revenga, "Juicios dieciochescos sobre Saavedra Fajardo", *Monteagudo*, 56, 1976, pp. 69-82.